

Permanecer en Cristo

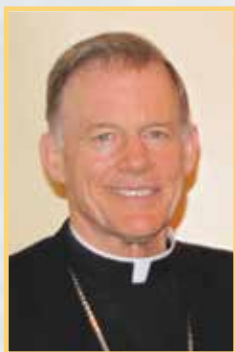
Paso a paso hacia el Reino de los Cielos



ahh! ¡El verano! Cuando "la vida es fácil" ... Siempre he esperado con ansia el verano cuando parece que la marcha se desacelera y disminuye el trájín de la vida cotidiana. Pero, ¡un momento! ¿Qué ha pasado? A medida que va transcurriendo el verano, ¡nadie parece estar aflojando el paso!

Los automovilistas siguen conduciendo tan rápido como siempre al transitar por el Coors Raceway o por la autopista interestatal 25, como en la carrera de 500 millas de Indianápolis. Como siempre, seguimos ingeniándonos para quedar parados en la fila más rápida del supermercado y gesticulamos desesperados cuando inevitablemente descubrimos que estamos en la fila más lenta. Un amigo no deja de llamarme para preguntarme por qué no he contestado el mensaje electrónico que me mandó hace dos minutos. Todavía se me hace difícil esperar hasta el final de la cena para sacar de inmediato mi teléfono móvil con el fin de resolver la disputa acerca de la película que fue premiada en 1980. (Guarde su teléfono, fue Kramer contra Kramer). Tal vez hubo una época cuando las actividades se desaceleraban en el verano, pero eso parece ser algo del pasado. Nuestro mundo acelerado y obsesionado por lo digital se mueve cada vez más aprisa y nuestra capacidad para detenernos y darnos tiempo para, por ejemplo, apreciar la naturaleza, ha ido retrocediendo cada vez más hacia el olvido. Como personas de fe, debemos aprender a detenernos para lograr percatarnos de la presencia de Dios en nuestro caótico y conflictivo mundo.

Es por eso que me parece que la Solemnidad de la Asunción de la Virgen María que celebramos el 15 de agosto, nos ofrece a todos una lección importante. En Nuevo México hemos tenido una relación especial con Nuestra Señora. La más antigua devoción mariana en Estados Unidos tuvo su inicio cuando los frailes



Arzobispo John C. Wester

franciscanos trajeron a esta tierra la imagen de Nuestra Señora de la Asunción. Su intercesión tiene un gran significado para las personas de las diversas culturas que integran la Arquidiócesis de Santa Fe. María fue llevada al cielo no porque fuera hábil para realizar muchas cosas a la vez y adelantarse a los demás, sino más

bien porque se detuvo lo suficiente para reflexionar profundamente en su corazón sobre la Palabra de Dios, permitiendo así que dicha Palabra se arraigara en su vida. Lucas nos dice que María "observaba cuidadosamente todos estos acontecimientos y los guardaba en su corazón" (Lucas 2, 19). Ella se permitió tener en su vida momentos de paz, de quietud, de inactividad, de modo que pudiera estar atenta al "suave murmullo" de la voz de Dios (1 Reyes, 19,12). Como sociedad estamos en un momento propicio para aprender de su ejemplo y darnos tiempo para reflexionar y encontrar en nuestro corazón la quietud necesaria para poder percatarnos del misterio de Dios. María vivió en el momento presente, no en el pasado con sentimientos de culpabilidad ni en el futuro con temor. Por eso pudo profundizar su amor por el Dios que primero la amó. Fue en este contexto que ella se convirtió en la madre de Dios y la madre de la Iglesia. Mediante su intercesión como patrona de Nuevo México ella ha continuado brindándonos su protección maternal en nuestras ciudades, en nuestras fronteras, en nuestros debates públicos. Además, es debido a su capacidad para detenerse y ser un don para aquellos que guardan silencio, que fue llevada al cielo mediante la obra salvífica del Hijo que llevó en el vientre. Ella nos atrae hacia la Palabra Encarnada, invitándonos a darle entrada en nuestro corazón al amor de Dios. Sin embargo, debemos darnos tiempo para estar en calma, para aminorar la marcha.

Esto de "andar más despacio" me trae recuerdos de cuando un querido amigo sacerdote nos llevó a tres seminaristas a un retiro en Sedona, Arizona. El trayecto por tierra desde San Francisco nos tomó catorce horas y, como íbamos haciendo buen tiempo, a las dos de la mañana decidimos parar en medio del Desierto de Mojave. Aunque estábamos ansiosos por llegar al centro de retiros, pasamos por alto el objetivo algo ridículo que teníamos de establecer una nueva marca de velocidad, nos acercamos al borde de la carretera y detuvimos el auto. Pasamos veinte minutos mirando las increíblemente brillantes estrellas, mientras aspirábamos los aromas nocturnos del desierto. En efecto, fue en ese momento cuando empezó el retiro para nosotros. Nos dimos cuenta de que para llegar a un lugar debemos detenernos en el camino o nunca llegaremos. Muy a menudo la gracia se revela inesperadamente, en las horas y en los momentos ocultos de nuestro día. Es algo un tanto confuso, pero cierto, que parece oponerse a lo que indica la intuición. Como expresó T. S. Elliot en su obra *Little Gidding*: "...Lo que llamamos el principio muchas veces es el final y llegar al final es comenzar de nuevo. El fin está en nuestro punto de partida". Esto apunta hacia lo que dijo Nuestro Señor al referirse a sí mismo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". El camino nos conduce a Cristo, empieza con Cristo, es Cristo. María sabía, como nos dimos cuenta nosotros en el desierto, que en Jesucristo ya hemos llegado. Por lo tanto, no necesitamos apresurarnos.

No obstante, confieso que yo sí me apresuro. Parece que no puedo evitarlo. Hay tanto que hacer y poco tiempo para hacerlo. Como dijo Robert Frost tan mordazmente, con cierta tristeza, "... los bosques son bellamente oscuros y profundos, pero tengo promesas que cumplir y millas que recorrer antes de poder dormir". Cuando celebremos la Asunción en este mes de agosto, tal vez sea apropiado rogarle a María que se una a nosotros en oración para que podamos profundizar más sobre

Su misericordia perdura para siempre

la gracia. Oremos para que percibamos, a un nivel más profundo, la forma en que Dios se nos presenta en cada momento de nuestra vida. No es difícil darse cuenta de que tantos poetas y tantos eruditos han hecho eco de las palabras contenidas en el Magnificat de María. Elizabeth Barrett Browning sabía esto cuando escribió: "La Tierra está atestada de cielo / Y todo matorral común ardiendo con Dios / Pero solamente el que ve se remueve los zapatos. El resto holgazanea y recoge zarzamoras". Al apresurarme demasiado, ¿pierdo el verdadero objetivo de mi vida, la unión con Dios que es uno conmigo ahora mismo? Así como María, ¿cómo puedo oír lo que anuncia la voz de Dios en mi cónyuge, mi hijo, mis padres, mi ser querido, cuando en mis oídos repercute el sonido de las ráfagas de viento de mi vida acelerada? ¿Soy lo suficientemente humilde para admitir que mis objetivos, mis deseos y todas esas cosas que me apresuro por lograr pierden importancia ante la presencia de un Dios plenamente amoroso y misericordioso que está conmigo en el presente momento? ¿Puedo reconocer humildemente que no tengo que ser el primero en la fila, el primero en saber la respuesta, el primero en ser reconocido, porque Dios, cuyo amor no conoce límites, ya me ha puesto en primer lugar, demostrándome su amor al darme la existencia y llamándome hacia él por toda la eternidad? ¿Qué más podría desear?

Al celebrar la Asunción este año, me dispongo a rezar para que nuestra apreciación de la diferencia entre lo que es urgente y lo que es importante sea más profunda. Muchas de las cosas que acaparan nuestra atención y que nos mueven a apresurarnos tal vez sean urgentes, pero, en verdad, muchas veces no tienen tanta importancia. María sí sabía qué era importante. Ella sabía que prestarle atención a la palabra de Dios, depositando su confianza en esa palabra y permitiendo que se manifestara en su interior la promesa de esa palabra como si quedara atrapada en una danza divina con el mismo Dios, es todo lo que realmente importa. María nos muestra que no existen vías rápidas para llegar al cielo, solamente aquellas que con lentitud y mediante la oración nos llevan a reflexionar sobre los misterios de Dios. Llegaremos allá a su debido tiempo, en el Día del Señor, y cuando Él lo disponga.

Así pues, procedamos con calma este verano y dejemos que Dios determine el ritmo de nuestra vida, haciéndole eco a la frase de María: "fiat voluntas tua—hágase tu voluntad".

Sinceramente suyo en el Señor,

+ John C. Wester

Arzobispo John C. Wester

Traducción voluntaria de: Anelle Lobos